

La Música

Hernán Bonilla H.
Antropólogo



I. Segunda infancia.

No sabíamos cuál era la edad en la que transcurrían nuestros años. El mundo era un solo juego que se nos iba de aquí para la escuela y de ella para acá; juego entre Happalong Cassidi, el Llanero solitario, Tarzán, el látigo Negro, Supermán, D'artagnan, Batman, Robin y El Santo contra el padre Astete, la Virgen de Fátima y contra las aburridoras tareas de levantarse, bañarse, vestirse, peinarse, cepillarse bien los dientes, limpiarse los oídos e ir al colegio, muy "pinchao". Juegos que día a día, poco a poco, iban quedando atrás para dar a luz a otros como el "cuclí-cuclí", los escondidos y el fútbol...

No sabíamos de nuestra edad, ni del tiempo que vivíamos, por lo que con seguridad éramos felices, muy felices. La radio era, desde nuestros abuelos, el principal conector con el mundo y desde ese radio PHIL-LIPS, desde ese cajón también mágico (como la caja negra con la que "presentábamos cine" en casa) nos dábamos cuenta de que algo estaba pasando. Ese algo era que los boleros de Agustín Lara, de Alfonso Ortiz Tirado, los tangos de Agustín Magaldi, las canciones de Sarita Montiel, los bambucos y torbellinos de Garzón y Collazos, de Emeterio y Felipe, de Silva y Villalba, eran asunto de un pasado muy antiguo en el que la energía eléctrica no había hecho su aparición y la poca que había titilaba casi tanto como hoy lo hace; tampoco el televisor en blanco y negro se había asentado en el hogar de los colombianos.

Lo de la televisión apenas despuntaba con su presencia en ciertos hogares (los más pudientes, con seguridad). Así que el radio era la voz del presente y a ella le agradecíamos el que nos estuviera actualizando con respecto a dejar de lado aquello que no perteneciera a lo que se conocía como "los años maravillosos", y hoy, me temo que no fueron más que una caricatura de lo que pudiese estar pasando en otras latitudes más septentrionales e imperiales, pero que fueron parte importante de nuestra formación, cuando menos musical. Por la radio sabíamos de la insurgencia de nuevos sonidos musicales; sonidos eléctricos para la era de la energía eléctrica.

Esa lucha entre el pasado y el presente se escenificaba entre otros escenarios, en el colegio. Y no se con exactitud en qué colegio fue que el profesor Melo nos dictaba Música y Canto; no estoy muy seguro si fue en el Liceo Nacional Alejandro de Humboldt o si fue en el Real Colegio San Francisco de Asís o si fue en la Normal José Eusebio Caro; pero seguro estoy de que fue entre el final de aquel difícil quinto de

primaria en el Gimnasio Próspero Orozco, e iniciando ese también difícil primero de bachillerato en casi todos los colegios de la Ciudad (lo difícil no era el aprendizaje. Lo realmente difícil eran dos terribles e inentendibles materias: "conducta" y "disciplina").

El profesor Melo me temo que era un buen vocalista, es decir que tenía un buen timbre de voz y un buen oído para los ritmos musicales. Varios de los pequeños monstruos con los que tenía que lidiar en clase, le veíamos como un ser que, siendo carente de su dentadura (Era "mueco", es decir, no tenía ninguno de los cuatro dientes llamados incisivos superiores) y solamente poseer dos enormes colmillos a lado y lado del vacío de su encía, no podía ser profesor de música (un ser tan parecido al Conde y sus colmillos, no podía ser eso. Era incongruente estéticamente hablando). Tal vez, pensábamos, con Daniel Angulo, que podía ser profesor de otra cosa, no de música (y si fue con Daniel, entonces fue en el Real Colegio San Francisco de Asís, porque los Angulo no podían ser educados en otro colegio que no tuviese el título de Real).

Con el profesor Melo, con su figura de hombre humilde y feroz, con su impajaritable pero raído vestido de paño oscuro y su sombrero de ala y con sus colmillos aterradores, pero sobre todo con la fuerza de su voz y con su batuta, aprendimos esa bonita canción mexicana que dice así:

"Al mariachi de mi tierra,
de mi tierra tapatía
Voy a darle mi cantar...

Primero copiaba la letra de la canción en el tablero negro, con tiza a colores y buena letra...

"Arrullado con sus sonos,
se meció la cuna mía
Se hizo mi alma musical...

Luego con una vara en la mano, que le confería una

particular autoridad, nos obligaba a entonar y repetir una y otra vez

"Sus violines y guitarras,
en las tibias madrugadas
Son un dulce despertar.

Alma virgen del Mariachi...

Hasta que se lograban tonos más o menos fuertes que elevaban el coro de niños hasta los altísimos cielos; una equivocación o un desafino y era suficiente para repetir la estrofa o para recibir un golpe con su temible varita. De hecho el profesor Melo se reservaba con anterioridad el derecho de admisión a sus clases, pues excluía a aquellos de tan mal oído que como dice el dicho, cuando se privaban en lugar de volver en sí, vuelven en do. Esos estaban por fuera de clase y siempre tenían buena nota en la materia. Los sacrificados éramos la mayoría, con los que soñaba hacer una especie de Niños Cantores de Viena y a quienes nos parecía una indudable autoridad de la que nos burlábamos por su aspecto draculiano y hasta cómico. Su autoridad era tal que fue por una queja que él puso ante el rector del Colegio que me expulsaron por cometer el pecado de burlarme de su apariencia física. Pecado que no cometí solitario; pero con la diferencia de que mi compañía tenía un intocable apellido, mientras que el mío (mi apellido) no hacía referencia a sangre azul alguna en el árbol genealógico (ese que muchos se empeñan en descubrir sus ramas para terminar encontrando rameras).

Otra de sus canciones:

"El que a Bogotá no ha ido con su novia a Monserate
No sabe lo que es canela
Ni tampoco chocolate.... (sic).

Había que copiar las letras en el cuaderno de música, que en algunas ocasiones era un cuaderno de pen-

tagramas. Eran canciones que seguramente escuchamos desde niños de boca de nuestros padres (particularmente, mi madre)...; momentos antes de que la radio y la TV. difundieran sonidos y mensajes de un nuevo estilo, de una nueva estética, de una nueva tecnología que dejaba atrás la iluminación con velones de cera o lámparas de petróleo y hacía posible la transmisión en directo por la radio de la Vuelta a Colombia en Bicicleta, o de la pelea entre Floyd Patterson y Cassius Clay, o el gol olímpico de Marcos Col, o la llegada del hombre a la luna (esta última con algunas horas de atraso y en blanco y negro).

Las canciones que aprendimos, a pesar del paso de los años, hoy nos siguen acompañando, y la figura del profesor Melo la recordamos no en ese escenario de risas, burlas y chiquilladas, sino en su calidad de director de una coral celestial que se desliza todos los Jueves y Viernes Santos en las procesiones de Popayán, aliado del profesor Pabón, llevando la batuta del Coro del Orfeón Obrero.

Es sólo que en aquel entonces, a que esta breve crónica hace referencia, nos hubiese gustado que sus canciones hubiesen sido "Zapatos Pon-Pon" o "Despeinada", o "La casa del sol naciente", y que nos hubiese enseñado las canciones de los Beatles, que se nos metieron desde el escenario de la calle, de la "gallada", de la "barra" y se distribuyeron por la radio y la televisión en blanco y negro.

Por gran fortuna, no aconteció así, y aquellas canciones de Pedro Vargas y de Los Panchos y de Silva y Villalba, de Alfonso Ortiz Tirado, y tantos otros, junto a no pocas inolvidables canciones mexicanas que nuestros padres y madres ayudados por el profesor Melo y otros profesores de música de otros colegios, introdujeron en nuestra memoria, fueron, para algunos de los nacidos entre el 46 y el 56 del siglo pasado nuestra primera y segunda infancia musical. Con ellas se inicia el triste fin de una etapa en nuestras vidas: la infancia.

La juventud fue la lucha contra ellas, armados de rock desde el tocadiscos, desde la radio, desde la televisión o desde "Los quingos", aquel satanizado sitio que sirvió para que una parte de mi generación se pusiera en contra, entre otras cosas, de tradiciones musicales de antaño, hechas por el Dueto de Antaño, para la gente de antaño. O armados de "salsa" desde el Monterrey. No podía ser de otra manera.

Y fue así como "se hizo mi alma musical".